

33



Venezuela: nuevos horizontes

Juan Carlos Monedero | Hernán Ouviaña |
Armando Chaguaceda y Marco Antonio Ponce

Informes sobre el conflicto social en 2012

María Celia Cotarelo - Argentina | Dunia Mokrani y Pilar
Uriona Crespo - Bolivia | Roberto Leher *et al.* - Brasil |
Alejandro Alvarado Alcázar y Gloriana Martínez Sánchez -
Costa Rica | Mario Unda - Ecuador | Simona Violetta
Yagenova - Guatemala

Entrevista

**Compromiso político, tarea teórica y movimientos
sociales. Entrevista a Enrique Dussel**
Luz Estrella y Massimo Modonesi

Experiencias latinoamericanas

**De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades
y culturas políticas juveniles en México - Massimo
Modonesi**

Aportes del pensamiento crítico latinoamericano

**Pensamiento social y política de la Revolución -
Fernando Martínez Heredia**



Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO
Responsable Editorial Lucas Sablich
Director de Arte Marcelo Giardino

Diseño de Tapa y Producción Fluxus Estudio

Propietario: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO
ISSN: 1515-3282 – Impreso en Argentina – mayo de 2013
Copyright Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Domicilio de la Publicación

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 | e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org.ar



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO cuenta con el apoyo de la
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



La revista Observatorio Social de América Latina (OSAL) es indizada en Directory of Online Access Journals <www.doaj.org>, Directorio Latindex <www.latindex.unam.mx>, Unesco Social and Human Science Online Periodicals <www.unesco.org/shs/shsdc/journals/shsjournals.html>, Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe <www.clacso.org.ar/biblioteca/revistas>, Latin Americanist Research Resources <<http://lanic.utexas.edu/larrp>> e Hispanic American Periodicals Index <<http://hapi.ucla.edu>>.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Dirección Nacional del Derecho de Autor: Expediente N° 641.603

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Observatorio Social de América Latina (OSAL) y sus respectivos isotipos y logotipos son marcas registradas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Se autoriza la reproducción de los artículos en cualquier medio a condición de la mención de la fuente y previa comunicación al director.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Sumario

Editorial Guillermo Almeyra	9
---------------------------------------	---

Venezuela: nuevos horizontes

Venezuela y la reinención de la política: el desafío del socialismo en nuevos escenarios Juan Carlos Monedero	15
---	----

Estado, disputa electoral y construcción de poder popular en la Venezuela bolivariana Hernán Ouviaña	37
--	----

Venezuela: proceso sociopolítico y conflictividad social. Un balance de 2012 Armando Chaguaceda Noriega y Marco Antonio Ponce	51
---	----

Informes sobre el conflicto social en 2012

Argentina, 2012: ¿crisis en la fuerza social democrática, nacional y popular? María Celia Cotarelo	65
--	----

Bolivia: informe de coyuntura y balance anual de 2012 Dunia Mokrani Chávez y Pilar Uriona Crespo	77
--	----

Brasil: agravamento da crise, coesão do bloco dominante e novos horizontes para as lutas sociais Roberto Leher <i>et al.</i>	95
--	----

En el tiempo del libre mercado: conflictos y protesta social en Costa Rica durante el año 2012 Alejandro Alvarado Alcázar y Gloriana Martínez Sánchez	111
---	-----

Ecuador en 2012: un largo año electoral Mario Unda	123
--	-----

Estado, disputa electoral y construcción de poder popular en la Venezuela bolivariana

HERNÁN OUVIÑA

Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la UBA. Integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO “El Estado en América Latina: continuidades y rupturas”.

Resumen

En ocasión de las elecciones presidenciales recientes en Venezuela, el autor analiza la experiencia del Socialismo del Siglo XXI desde el paradigma que estudia la relación entre el Estado y la sociedad civil, en lo que encuentra tensiones irresueltas entre el conservadurismo, el estatismo, el presidencialismo, la concentración del poder, la corrupción, el consumismo, el paternalismo, el despilfarro de los recursos fiscales, el burocratismo y la ineficiencia gubernamental, varios derivados de la dependencia de la renta petrolera, y las políticas públicas participativas, los consejos comunales, la democracia popular y la politización del proletariado. Desde una perspectiva gramsciana que concibe las contradicciones y ambivalencias del poder del Estado, lo que le permite resolver las dificultades del vanguardismo elitista y del antiestatismo, lo propone en tanto que un lugar estratégico de la lucha de clases, no exento de problemas

Abstract

In the context of presidential elections in Venezuela, the author analyses the experience of Socialism in the twenty-first century from the point of view of the paradigm that studies the relationship between state and the civil society, where he finds unresolved tensions between conservatism, statism, presidentialism, concentration of power, corruption, consumerism, paternalism, the squandering of taxpayer's resources, bureaucratism, governmental inefficiency, several derivatives of the oil revenue and participatory public policies, communal councils, popular democracy and proletariat politisation. From a Gramscian perspective, which views contradiction and ambivalence in state power, it is possible to solve the challenges of an elitist vanguardism and anti-statism. This idea is advanced from the view of a strategic vantage point in class struggle, not free from problems caused by a failure to become socialised, the persistence of the capitalist matrix and

por no haberse socializado, por la persistencia de la matriz capitalista y por la pervivencia de tendencias regresivas en el chavismo. Además, menciona la cuestión del autoritarismo en el PSUV, refiere a las misiones, en particular a la Misión Agrovenezuela, al igual que al Plan Guayana Socialista y al Plan Nacional Socialista “Simón Bolívar” 2013-2019, y señala la necesidad de sopesar las interpretaciones de los procesos de viraje hacia la izquierda en una propuesta de socialismo latinoamericano.

the endurance of Chavism’s regressive tendencies. In addition, he tackles the question of authoritarianism within the Venezuelan United Socialist Party (Partido Socialista Unido de Venezuela), deals with missions, in particular Agrovenezuela Mission (Misión Agrovenezuela), and also the Socialist Guayana Plan (Plan Guayana Socialista) and the 2013-2019 “Simón Bolívar” National Socialist Plan (Plan Nacional Socialista “Simón Bolívar” 2013-2019), and points out the need to include interpretations of left-wing processes in the context of a proposal for Latin American socialism.

Palabras clave

Socialismo del Siglo XXI, chavismo, poder popular.

Key words

Socialismo del Siglo XXI, chavismo, poder popular.

Cómo citar este artículo

Ouviña, Hernán 2013 “Estado, disputa electoral y construcción de poder popular en la Venezuela bolivariana” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XIV, N° 33, mayo.

Aquí en Venezuela, no lo olvidemos, desde hace varios años estamos en una verdadera crisis orgánica, una verdadera crisis gramsciana, una crisis histórica. Lo que está muriendo se niega a morir y todavía no termina de morir, y lo que está naciendo tampoco ha terminado de nacer. [...] Estamos en el epicentro de la crisis. Buena parte de los años por venir formarán parte de esa crisis histórica hasta que no muera definitivamente la IV República y nazca plenamente la quinta, la República socialista y bolivariana de Venezuela
Hugo Chávez

El surgimiento en el cono sur de gobiernos caracterizados como “posneoliberales”, cuyas expresiones más radicales pueden visualizarse en las experiencias contradictorias de Venezuela, Bolivia y Ecuador, más allá de los matices entre ellos, sin duda le ha dado a la discusión en torno a la llamada “transición al socialismo” un carácter acuciante y de primer orden, no sólo en el plano académico, sino fundamentalmente en el político-práctico. Es así como en el seno de las ciencias sociales comienza a despuntar la necesidad de problematizar y actualizar el clásico debate alrededor de una práctica socialista, que tenga como horizonte la consolidación tanto de una democracia sustantiva y radical como de proyectos

viables de desmercantilización de la vida social, y que en conjunto remiten a la creación de una institucionalidad plebeya y de nuevo tipo. Dicho proyecto no sólo involucra la necesidad de tornar la gestión pública más permeable a las demandas populares emergentes de la sociedad civil, sino también de retirar de los sectores dominantes el monopolio de la definición de la agenda estatal, avanzando hacia una superación del capitalismo como modo de organización de la vida en sociedad. Asimismo, esto ha implicado la necesidad, por parte de un conjunto de autores enmarcados en el pensamiento latinoamericano contrahegemónico, de revisitar críticamente y poner en cuestión los conceptos de Estado y transición predominantes en las ciencias sociales, y anclados por lo general en una definición acotada a la noción de régimen político o incluso a una acepción minimalista, que visualiza este proceso a partir de un conjunto de mecanismos procedimentales que fijan las pautas de reclutamiento y/o renovación del personal estatal.

En función de esta caracterización, el propósito del presente artículo es analizar la coyuntura vivida en Venezuela en las recientes elecciones nacionales, donde resultó reelecto Hugo Chávez Frías como presidente, así como la dinámica subterránea de construcción de poder popular que se teje a nivel cotidiano desde una perspectiva emancipatoria y de largo aliento. Una de las hipótesis que subyace a nuestra caracterización del proceso en curso en dicho país es que este tipo de coyunturas, de confrontación electoral en el marco de la institucionalidad estatal y el orden democrático, devienen disputas estratégicas al momento de dirimir o bien modificar la relación de fuerzas sociales y políticas que se expresa en el proyecto político bolivariano, aunque ello no implica desvalorizar la apuesta por constituir un sujeto contrahegemónico con vocación anticapitalista. No obstante, como intentaremos demostrar, esta inédita propuesta de edificación de un Socialismo del Siglo XXI no está exenta de contradicciones y ambivalencias.

Las elecciones como disputa estratégica

Domingo 7 de octubre de 2012. El reloj indica las tres de la mañana en punto y el “toque de diana” resuena en los parlantes diseminados por la Coordinadora “Simón Bolívar” en los sitios claves de la parroquia *23 de Enero*, uno de los barrios más combativos de toda Caracas. La música militar, emblema de los momentos más neurálgicos del proceso bolivariano, se entremezcla en los parlantes con la voz del presidente y candidato Hugo Chávez Frías, que arenga insistentemente a la población: “¡Los que quieran Patria, vengan conmigo!”. La escena se repite en casi todo el territorio nacional y tiene como objetivo despertar a las y los votantes bien temprano, para definir el resultado de las elecciones lo antes posible y poder dar paso a la celebración popular en las calles. Algunos jóvenes suben a las terrazas para lanzar cohetes al cielo y reafirmar este doble propósito: despabilar a la vecindad y anticipar la fiesta que parece ser ya un hecho.

“Vine a votar temprano por mi comandante y por la revolución”, expresa, con una sonrisa dibujada en el rostro, un vecino en la puerta de la escuela que oficia de centro de votación. Como él, miles de personas decidieron asistir a primera hora, o incluso antes, a las mesas electorales. “Antes de las doce del mediodía tenemos que haber metido seis millones de votos, para que a la derecha no le den

más ganas de querer imponer otro presidente”, agrega el hombre exhibiendo su dedo meñique pintado de azul como símbolo de haber ya votado. Después de semanas enteras de intensa campaña y movilización en las calles, el 7-O por fin llegó. Y lo que se ha jugado en ese día fue mucho más que una contienda electoral en torno a dos candidatos; aunque nadie negaría que, sin Chávez, esta disputa política resultaría inexplicable. Como supo indicar uno de los tantos jóvenes integrantes del Comando de Campaña “Carabobo”, en esta coyuntura “se definió la continuidad o no de un proceso de cambio que ya lleva 14 años, y al que bautizamos socialismo del siglo XXI”. Una verdadera batalla que, a nuestro modo de ver, condiciona la correlación de fuerzas no sólo en Venezuela, sino en el conjunto del continente americano, incluyendo, por supuesto, a Estados Unidos, que en el marco de la actual crisis económica mundial se presenta como una potencia imperial en relativa decadencia.

Esta caracterización del momento *estratégico* de confrontación entre bloques socio-políticos no resulta exagerada, ya que por primera vez la oposición unificada ha logrado superar cierto umbral de votos que le ha permitido en dicha jornada, a diferencia de otras elecciones, y exceptuando el *referéndum* de 2007 para reformar la Constitución, disputar seriamente la contienda. Para ello, ha tenido que resignificar sus propuestas de corte neoliberal bajo un discurso de tipo “progresista”. En efecto, luego de fracasar en sus diversas tentativas golpistas –recordemos, entre otras, la intentona del 11 de abril de 2002 impulsada por la entidad patronal Fedecámaras y los medios de comunicación hegemónicos, o el truncado boicot petrolero fogueado meses más tarde por los sectores opositores al chavismo afincados en Petróleos de Venezuela S.A.–, la derecha ha optado por aprender la lección: a Chávez hay que ganarle en las urnas y, si es preciso, también asumir buena parte de las políticas públicas implementadas como favorables bajo su mandato.

De ahí que el candidato de la oposición unificada, Henrique Capriles Radonski, se haya visto obligado a reconocer durante su campaña que, en caso de ser electo, se comprometería a darle continuidad a las *misiones*, que son uno de los principales puntales del proyecto bolivariano. Surgidas como estructuras paralelas a la *administración pública* tradicional, con el propósito de dinamizar políticas sociales que garanticen el mejoramiento de las condiciones de vida de la población más desfavorecida de Venezuela –no solamente en el plano socio-económico, sino sobre todo desde una perspectiva *integral* que apunta a la recuperación de la dignidad–, hoy constituyen el basamento material, y también simbólico-cultural, que ha echado sólidas raíces para que los sectores populares mejoren sustancialmente su nivel de vida. Por nombrar sólo a algunas de las más de treinta: desde las misiones Robinson y Sucre, que erradicaron el analfabetismo e hicieron que el país ocupe uno de los primeros lugares en matriculación de estudiantes universitarios; pasando por la Misión Barrio Adentro, que ha construido miles de centros de salud a lo largo y ancho del territorio nacional, donde médicos cubanos y venezolanos, junto con la propia población, edifican espacios de salud integral comunitaria; hasta la Misión Vivienda, que está desplegando actualmente uno de los planes de vivienda más importantes de América Latina, con la participación activa en todo el proceso de quienes luego morarán en ellas. A esta altura, y agotados los variados ensayos de golpe, las clases dominantes tienen muy claro que los sectores popu-

lares han asumido como propio este crisol de políticas públicas participativas, y las defenderán fervientemente frente a cualquier intento de recorte o supresión orquestado por la derecha. Este es, sin duda, uno de los mayores logros del llamado Socialismo del Siglo XXI: trastocar y potenciar la conciencia de cientos de miles de personas que, luego de décadas de pobreza extrema y marginación política, devinieron sujetos políticos protagonistas de su destino.

La politización de la sociedad civil y la ruptura de modelos

“Aquí lo más importante no es que hoy gane Chávez, sino que la gente se ha metido en la política, y la ha asumido como algo que es parte de su vida, cosa que antes, con el *puntofijismo*, no ocurría”. La frase sale de la boca de un referente barrial con muchos años de militancia, y que afirma estar comprometido a rajatabla con la llamada revolución bolivariana. Este proceso de *subjetivación política* es, quizás, el mayor reaseguro para garantizar la continuidad del proyecto de cambio que se evidencia en Venezuela. En efecto, tras la debacle de los partidos tradicionales de la Cuarta República (Acción Democrática y COPEI, responsables del “Pacto de Punto Fijo”, un acuerdo espurio que les permitió desde 1958 y hasta que llegó Chávez al gobierno, alternarse en el poder como garantes del orden) estamos en presencia de una de las sociedades más politizadas de América Latina, y ello se percibe no sólo caminando por las calles y dialogando con la población en parroquias y comunidades; también por el incremento de la participación ciudadana en las elecciones “no obligatorias” de octubre, que superó el 80% del total del padrón, uno de los más altos de toda la historia.

En un plano más general, podemos afirmar que “a contrapunto con algunas corrientes analíticas que sostienen que este proceso es estatalista –entendido como la colonización de la sociedad civil por parte del aparato de Estado–, las evidencias muestran que lo que está experimentando Venezuela es un ensanchamiento de la sociedad civil, tal como la entendía Gramsci”, es decir, una ampliación de aquellas instituciones y organismos que, gestados por “los diferentes grupos y clases –tanto las dominantes como las subalternas– se disputan la hegemonía” (Ruiz, 2012). Esta creciente politización ha permitido que se instalen como acervo cotidiano del lenguaje popular palabras como “burguesía”, “anti-imperialismo”, “poder popular” o “socialismo”. La empatía con algunos de estos significantes ha tenido que ser reconocida incluso por las encuestadoras más conservadoras. De acuerdo a una serie de estudios de opinión realizados, más del 60% de la población del país prefiere el socialismo al capitalismo. “Sí, eso es así”, nos dice la integrante de una televisora popular, aunque se encarga de aclararnos que “el nuestro es un socialismo a la venezolana, con la idiosincrasia y las tradiciones que nos caracterizan”.

He aquí una clave para entender esta revolución anómala, “pacífica pero armada”, como gustan decir con un dejo de ironía las y los militantes de base por estas tierras. Si en los años setenta Salvador Allende definió al proyecto chileno encarnado en la Unidad Popular como un “socialismo con empanadas y vino tinto”, a éste cabe sazonarlo con arepas y guayaba. Un socialismo único e irreplicable, que al igual que otros procesos revolucionarios pasados –pensemos, por caso, en el cataclismo teórico y político que generó la experiencia cubana en el seno del

marxismo más ortodoxo—, tiende a romper moldes y esquemas preconcebidos. Una vez más, resulta certera la consigna de José Carlos Mariátegui de que el marxismo no puede oficiar de itinerario preconcebido, sino más bien constituir una brújula que oriente nuestro análisis crítico y transformador —una brújula de las más importantes, aunque desde ya no la única—.

La especificidad del proceso venezolano también nos invita a escamotear su intrincado recorrido social y político al momento de concebir vías posibles de construcción del socialismo en el resto de *Nuestra América* profunda. Basta mencionar, a modo de ejemplo, dos rasgos distintivos del devenir histórico de Venezuela, casi imposibles de encontrar en otras latitudes del continente: por un lado, el estrecho vínculo tejido, en particular a partir de su inédita articulación el 13 de abril de 2002 en las calles y cuarteles para desbaratar el golpe de Estado, entre los sectores populares de izquierda y los militares bolivarianos de bajo y mediano rango en el ejército, algo impensable en países donde las dictaduras más sangrientas han sido una constante, como el caso de Argentina; por el otro, la particularidad de ser una sociedad rentista-petrolera que ha gestado y mantenido como *habitus* una subjetividad tan contradictoria como consumista, abonando a la dependencia mono-productiva y al paternalismo, así como a la corrupción endémica, al despilfarro de los recursos públicos y a la ineficiencia gubernamental, algo que debió ser reconocido en clave autocrítica por el propio Hugo Chávez durante su última campaña electoral.

Contradicciones y dilemas del Estado y el poder popular

Al igual que todo proceso transicional, este no está exento de paradojas y ambigüedades. Una de ellas remite al desequilibrio entre el liderazgo indiscutible, ratificado sin lugar a dudas en las últimas dos elecciones realizadas en 2012, de Hugo Chávez, y la edificación de instancias colectivas de toma de decisiones en materia de gestión pública. Los *consejos comunales*, creados en 2006 con el objetivo de que sean las propias comunidades y organizaciones de base quienes formulen e implementen de manera directa las políticas públicas y los proyectos orientados a dar respuestas a las necesidades concretas de los territorios, si bien constituyen una iniciativa genuina de democratización de los ámbitos locales de poder, no han logrado aún cobrar la envergadura debida ni involucrar al grueso de los sectores populares en el ejercicio cotidiano del autogobierno, por lo que todavía resulta un horizonte a conquistar la mentada “explosión del poder popular” pregonada por Chávez. Además de ciertas tendencias regresivas en curso, tales como “la pretendida cooptación de las instituciones a su autonomía, la escasez de recursos en relación con las necesidades y el poco estímulo productivo de estos espacios de organización comunal” (Evans, 2011), en numerosas ocasiones su creación ha partido de las propias estructuras estatales clásicas, fortaleciendo aún más los lazos verticales y el delegacionismo con respecto a quienes ocupan cargos representativos. En palabras de una integrante activa de los consejos, “lo que ha ocurrido es que ellos se han consolidado en aquellos lugares donde la organización popular y la tradición de lucha ha sido más fuerte”. Idéntica caracterización realiza una diputada del ala crítica del Partido Socialista Unido de Venezuela: “Coño, es que

tú puedes crear cientos de consejos, pero si no hay saldo organizativo y conciencia revolucionaria la cosa no sirve”, nos dice. Las limitaciones inherentes a este despliegue de democracia popular han sido advertidas incluso en el manifiesto emitido en el marco del Primer Encuentro Nacional de los Consejos Comunales realizado en 2007, en el que se denuncia “la peligrosa tendencia de asumir los consejos comunales como simples planificadores y ejecutores de obras, castrando su potencial real de constructor de la nueva sociedad y el nuevo estado comunal”.

En efecto, otro dilema en juego en el proceso bolivariano estriba en cuáles son las instancias o herramientas organizativas para incidir tanto en los ámbitos locales de ejercicio del poder popular como en las estructuras estatales de orden nacional. La mirada acerca de las potencialidades del ejercicio de la democracia interna en el seno del PSUV –creado en 2007 por iniciativa del presidente Chávez y con más de siete millones de afiliados, la mayoría de ellos no activos a nivel cotidiano– no es del todo positiva para muchos militantes de base que, con el trascorrir de los años, han visto naufragar o bloquearse innumerables proyectos de transformación radical impulsados desde abajo, como consecuencia de la desidia, la corrupción y el conservadurismo de aquellos que ocupan los puestos claves dentro del partido: “es que nosotros tenemos que luchar al interior de esta organización también con lo que llamamos la «derecha endógena»”, agrega sin medias tintas otro integrante del PSUV. Se refiere a los sectores más pragmáticos de esta organización, que en muchos casos son quienes delinear e imponen los rumbos del proceso político en curso en el país, tal como ha ocurrido en las elecciones del 16 de diciembre, cuando se definieron las candidaturas a gobernadores, y buena parte de la militancia se enteró de quiénes habían sido designados para estos cargos a través de la televisión o por las tapas de los diarios. Una vez más, como suelen denunciar los sectores más críticos del PSUV y de otros partidos, “primó el dedo por sobre la democracia protagónica”.

En función de estas y otras disyuntivas o limitaciones, la pregunta que queda flotando en el aire entonces es cómo combinar aquellos nuevos formatos de democracia de base y de organización popular –desde ya, no exentos de contradicciones– con la enorme concentración de poder que existe en las altas esferas de la administración pública, y en particular en la figura descolante de Hugo Chávez. En efecto, como ha hecho notar Javier Biarreau (2011), existe el peligro real de que el “momento de protagonismo popular” pierda centralidad ante “la exaltación de la legitimación carismático-personalista del poder”. Por ello, al debate en torno a la transición –o no– al socialismo, se le suma una transición casi tan importante como esta: la que deberá realizarse cuando el actual presidente ya no ostente su cargo. Su delicado estado de salud y los no pocos personajes polémicos que rodean al líder y despuntan como sus posibles sucesores hacen más urgente que nunca la discusión alrededor de este dilema.

Asimismo, y en sintonía con este liderazgo unívoco, otro interrogante que se presenta de cara al futuro inmediato es qué ocurrirá en caso de verse obligados a convocar a nuevas elecciones para elegir presidente. Muchos de los gobernadores, alcaldes y referentes públicos que adscriben al PSUV, algunos de ellos alineados con el proyecto bolivariano más por conveniencia coyuntural que por convicción estratégica, han sido avalados por Chávez, a pesar de lo cual no son bien vistos por el grueso del activismo de izquierda y por sectores cada vez más amplios de la población, que

cuestionan tanto la gestión que llevan a cabo en sus estados o regiones como el distanciamiento cada vez mayor con respecto a las bases. De ahí que resulte previsible conjeturar que el rotundo triunfo en las urnas tanto del 7 de octubre (en 22 de los 24 estados de toda Venezuela), como del 16 de diciembre (en 20 de 23 gobernaciones de estado, logrando a la vez mayoría parlamentaria en 22 de 23 consejos legislativos estadales), no se replicará necesariamente en futuras elecciones, lo que puede obligar al presidente Chávez –o a quienes posiblemente lo sucedan, como Nicolás Maduro–, a abrir canales de negociación y a generar concesiones a la oposición, a los efectos de garantizar la estabilidad de su mandato, o bien a dinamizar aún más un proceso de relevo de cuadros y referentes de base que ocupen este tipo de cargos. En caso de optar por la segunda alternativa –algo esperable, y por cierto cada vez más urgente, atendiendo al delicado estado de salud de Chávez–, se oxigenaría con creces la gestión pública estadual y municipal, con autoridades surgidas a partir de la voluntad popular, que permitirían ir gestando las condiciones necesarias para eliminar el hiato que existe actualmente entre la dirigencia política y el pueblo, desburocratizando así las estructuras estatales, aunque sin desatender en paralelo ciertos flagelos reales –como la violencia social, la constante inflación que desvaloriza los salarios y la corrupción endémica– sobre los que se monta la oposición para validar su discurso y erosionar el consenso del proceso bolivariano en marcha.

Un dato no menor en este sentido es el aumento del caudal de votos obtenido en las elecciones de octubre por parte de la oposición, que llegó a arañar los seis millones y medio del total de quienes asistieron a las urnas (44%, contra el 55% conseguido por Chávez). Estos simples guarismos no deberían leerse solamente como un “corrimiento a la derecha” de cientos de miles de personas. Entre otros factores, uno que no es menor y que incide es el natural desgaste y la parcial decepción de muchos venezolanos frente a una coalición política que ya lleva catorce años en el poder, y que aún no ha logrado resolver del todo problemas acuciantes de la sociedad, como la pobreza y el desempleo. Si bien en ambos casos las cifras han bajado notablemente desde que Chávez asumió la presidencia en 1998, reduciéndose a menos de la mitad en la actualidad, aún persisten como flagelos a desterrar –un 27% de pobreza y algo más del 7% de desocupación–. Lo mismo podría afirmarse con respecto a la corrupción y el burocratismo, que continúan contaminando sin respiro tanto a las viejas como a las nuevas estructuras estatales.

Este descontento se evidenció en la masiva concurrencia que tuvo la interna abierta donde resultó electo Capriles como candidato de la derecha. En esta ocasión, el bloque encabezado por Chávez erró el pronóstico al asegurar que el evento no iba a convocar siquiera a un millón de personas, cuando fueron más de tres millones quienes terminaron participando en él. En una sociedad donde la burguesía estrictamente hablando constituye una ínfima minoría, no cabe pensar que a ese número de personas lo componen sólo oligarcas y reaccionarios irrecuperables, menos aún si ampliamos la base social de apoyo a los seis millones y medio de votantes que optaron por el candidato opositor. Como supo expresar un compañero, con cruda sinceridad, en medio de los festejos en los alrededores del Palacio de Miraflores la misma noche del domingo 7 de octubre: “Mira pana, el problema mayor aquí no es la burguesía, que es bien pequeña, sino la inmensa cantidad de gente que no apoya ni quiere aún el socialismo. Cómo cuadramos

para que sean parte del proyecto bolivariano es uno de los desafíos mayores que tendremos que resolver a partir del 8 de octubre”.

Otro de los retos del proceso en curso en Venezuela estriba en la ya mencionada fragilidad sobre la que se sostiene: la ratificación o no del proyecto de transformación en cada acto eleccionario. El haber optado por una “revolución democrática” actualiza el viejo debate en torno a la vía violenta o pacífica de transición al socialismo y –tal como ya advertimos– convierte a ciertas instancias, como a la que remite a la disputa electoral, que tradicionalmente se concebía como algo meramente “táctico”, en un momento de confrontación estratégica. Esta inédita experiencia, al igual que la vivida en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular, nos obliga a repensar el vínculo complejo y dialéctico entre la reforma y la revolución, teniendo como ámbito central de la lucha de clases a las propias instituciones estatales. Así, si en los años sesenta y setenta en América Latina –e incluso durante los ochenta, en el caso de Centroamérica– se impuso como modelo casi unívoco y pre-requisito para iniciar la transición al socialismo la revolución entendida como asalto armado al poder, hoy en día no cabe pensar en una matriz común ni, menos aún, en la dinámica insurreccional clásica como condición *sine qua non* para dar comienzo al proceso transicional.

De igual modo, podemos establecer otro rasgo distintivo del momento histórico que se vive actualmente en ciertas realidades de nuestro continente. Si en los años sesenta y setenta, para realizar reformas estructurales, era necesario hacer la revolución –claro está, concebida como “asalto” al poder estatal–, hoy en día pareciera ocurrir un proceso inverso: para realizar la revolución se torna ineludible impulsar reformas de estructura que permitan ir transformando, desde ahora, las condiciones de existencia de las clases subalternas. No obstante, este tipo de conquistas parciales, plasmadas en políticas públicas participativas asentadas en la resocialización de la renta petrolera, como es el caso de las misiones, deben estar orgánicamente vinculadas por el horizonte estratégico de trastocamiento y superación integral de la sociedad burguesa, estableciendo un nexo dialéctico entre dos dinámicas complementarias: por un lado, las múltiples luchas cotidianas que despliegan –en los respectivos territorios en disputa en el seno de la sociedad civil y del Estado en sentido estricto– los grupos y clases subalternas y, por el otro, la ligazón de éstas con el objetivo final de quebrantar y trascender el orden social dominante, de forma tal que cada una de esas resistencias devengan mecanismos de ruptura y focos de contrapoder que aporten al fortalecimiento de una visión estratégica global y reimpulsen al mismo tiempo aquellas exigencias y demandas parciales desde una perspectiva emancipatoria y contra-hegemónica de largo aliento. De lo contrario, existe el peligro real de que sean ellas subsumidas en la lógica de domesticación plebeya propia del sistema capitalista.

El hiato entre la retórica socialista y la persistencia de la matriz capitalista

Teniendo en cuenta los dilemas mencionados, al momento de sopesar los avances y logros del proceso de transición vivido en Venezuela cabe destacar como uno de sus rasgos la existencia de una cierta “inflación ideológica” por parte de

algunos núcleos del bolivarianismo, que se sostienen más en la retórica y el consignismo que en el análisis fidedigno y crítico de la realidad. La infinidad de carteles y marquesinas que publicitan productos “hechos en socialismo” en plazas, subterráneos y calles de Caracas no se condice con el porcentaje o peso real que este tipo de empresas de propiedad social y/o estatal tienen en el conjunto de la economía del país. De acuerdo con cifras del propio Banco Central de Venezuela, el producto bruto interno privado representa actualmente cerca del 70% del total de la economía.

Este es uno de los límites más evidentes de la ruptura cabal con respecto a la estructura capitalista tradicional, que a pesar de las para nada desdeñables expropiaciones y nacionalizaciones concretadas por el gobierno en la última década, en particular en ciertos sectores estratégicos tales como los de la electricidad, la siderurgia, la telefonía, las plantas cementeras y algunas cadenas de distribución de alimentos, no ha logrado aún revertir el predominio del capital como relación social de producción y consumo hegemónica en la sociedad venezolana. Sumado a esto, otro eje problemático que genera tensiones y desencuentros es la propuesta del control obrero de la producción. Hasta ahora, existe una única experiencia piloto de envergadura impulsada por el gobierno: el *Plan Guayana Socialista*. En esta región industrial se ha intentado fomentar el control obrero y la autogestión popular en la creación de un nuevo modelo productivo. El entusiasmo y la combatividad de las y los trabajadores ha debido enfrentarse en no pocas ocasiones con sectores políticos que, a pesar de autodenominarse “bolivarianos”, bloquean todo tipo de ejercicio de la democracia de base en las empresas e incluso en ámbitos laborales del Estado, a lo cual se suma la resistencia de las cúpulas sindicales que ven peligrar sus privilegios como casta burocrática. En este plano, como supo advertir Víctor Álvarez (2011),

también habrá que lidiar con los viejos dirigentes sindicales que ahora, en nombre de la revolución, harán lo posible por imponer un falso control obrero orientado a desplazar a los anteriores gerentes y presidentes por los miembros de las juntas directivas de los sindicatos, poniendo de manifiesto su afán por preservar sus espacios de poder que les ha permitido medrar de las empresas y entes del Estado a través de tráfico de influencias para realizar negocios e influir en las contrataciones públicas.

Si bien la recuperación de la plena potestad del petróleo con posterioridad al boicot escuálido de finales de 2002 y principios de 2003 le permitió al gobierno redistribuir esta abundante renta y asignar cuantiosos fondos para proyectos y sectores sociales hasta ese entonces postergados fundamentalmente a través de las misiones, queda el interrogante de cómo avanzar hacia una matriz económica que apunte a la diversificación productiva y garantice la soberanía alimentaria, haciendo real el tan mentado “desarrollo endógeno” que se viene pregonando desde hace años, y dotando por tanto de mayor protagonismo en este proyecto a los consejos de trabajadores y trabajadoras. Resulta clave entender que un proceso de transición al socialismo que tiene entre sus metas más prioritarias el mejorar las condiciones de vida simbólico-materiales de las clases subalternas no puede depender de los vaivenes del precio internacional de los hidrocarburos para la consecución de este objetivo –recordemos que alrededor del 90% de las exportaciones

de Venezuela se restringen al petróleo y a sus derivados como único producto—. Tampoco es un dato menor el hecho de que casi el 70% de los alimentos que se consumen en el país sean aún hoy importados.

queda el interrogante de cómo avanzar hacia una matriz económica que apunte a la diversificación productiva y garantice la soberanía alimentaria, haciendo real el tan mentado “desarrollo endógeno”

Para revertir esta tendencia, el gobierno ha impulsado –bajo la consigna de “sembrar petróleo”– la Misión *Agrovenezuela*, que incluye políticas públicas para la inversión en sectores estratégicos del campo, con el propósito de apuntar a la gestación de un modelo agrícola socialista que priorice a las cooperativas, los consejos comunales, los pequeños productores y las llamadas empresas de propiedad social comunitaria, y resulte compatible con el cuidado del ambiente. A modo de complemento, programas como el “todas las manos a la siembra” buscan fomentar la producción de alimentos nutritivos y con la utilización de abonos orgánicos en las 24 mil escuelas y liceos ubicados tanto en ciudades como en comunidades rurales de todo el país. El nuevo Plan Nacional Socialista “Simón Bolívar” 2013-2019, difundido en el marco de las recientes elecciones, también reconoce y refuerza esta necesidad de transformar y orientar la economía desde una óptica post-rentista y anticapitalista. No obstante, al igual que en otras ocasiones, el peligro latente es que la propuesta caiga en saco roto y no se concrete en la realidad, como ha ocurrido con varios proyectos e iniciativas de ley que terminaron siendo letra muerta que dormita en los cajones de los ministerios.

Algunas palabras para un final abierto

En función de esta inédita experiencia abierta en Venezuela es preciso trascender la rudimentaria concepción del Estado como bloque monolítico e instrumento al servicio exclusivo de las clases dominantes y avanzar hacia una caracterización más compleja, tanto de lo estatal como de la praxis política misma, aunque sin negar su carácter de clase. Por lo tanto, contradicción y asimetría constituyen dos elementos centrales de ciertas configuraciones estatales en América Latina como la que hemos intentado analizar, y que evitan caer tanto en una definición del Estado en tanto que “fortaleza enemiga a asaltar”, como en otra, de matriz populista, que lo concibe como una instancia totalmente virgen y a colonizar.

En este sentido, la estrategia gramsciana de “guerra de posiciones” aparece como una sugestiva metáfora para denominar a gran parte de las nuevas formas de intervención militante que han germinado en los últimos años en la región, logrando distanciarse de los formatos propios del “vanguardismo” elitista y de la vieja estrategia de “asalto” abrupto al poder. A partir de ella, la revolución pasa a ser entendida como un prolongado proceso de constitución de sujetos contrahegemó-

nicos, que si bien parten de una disputa multifacética en el seno de una sociedad civil cada vez más politizada, no desestiman las posibilidades de incidencia y participación en ciertas áreas del Estado –aunque sea desde una perspectiva antagonista que introduce “elementos de la nueva sociedad” en el ordenamiento jurídico e institucional– en pos de transformar sustancialmente sus estructuras simbólico-materiales y avanzar así hacia una democratización sustantiva no solamente del Estado, sino del conjunto de la vida social.

En suma, que se esté avanzando o no hacia el socialismo en Venezuela no es algo que pueda responderse *a priori* y desde la mera relectura o “aplicación” lineal de ciertos conceptos o estrategias revolucionarias formuladas por los clásicos de marxismo en otra realidad y tiempo histórico, sino en función de un diálogo fraterno y sin prejuicios con el complejo proyecto político bolivariano, el cual, como laboratorio de experimentación, se encuentra en permanente transformación y cambio, con indudables avances pero también con peligros y ambigüedades asediándolo en forma constante. Partiendo de este presupuesto, coincidimos con Juan Carlos Monedero en que “la reinención del socialismo es una tarea práctica que necesita orientaciones teóricas”, por lo que sopesar las interpretaciones que, en la última década, se han realizado en torno a este tipo de procesos en curso, resulta una tarea ineludible tanto de la intelectualidad crítica como de los movimientos sociales y las organizaciones de izquierda.

Al fin y al cabo, como supo expresar Lelio Basso (1974), toda revolución

se topa en su curso con contradicciones que están ligadas a las contradicciones de la propia sociedad de la cual brota: en la capacidad de resolver esos problemas, de superar estas contradicciones, allí reside la grandeza de los dirigentes, la madurez de un movimiento obrero; por lo que podemos concluir diciendo que no existen soluciones que puedan ser consideradas válidas sobre el papel: la revolución es un movimiento, y el problema del movimiento, como el sofisma de Zenón, se resuelve caminando.

El desenlace de este intrincado proceso dependerá sin duda de la solidaridad activa de todos los pueblos del continente, pero sobre todo de que las masas cobren cada vez mayor centralidad en la profundización del poder popular y la edificación del socialismo en la República Bolivariana de Venezuela. Un socialismo que –tal como nos enseñó dos siglos atrás el maestro Simón Rodríguez– sí o sí deberá ser reinventado a lo largo y ancho de Nuestra América. Caso contrario, se volverá a errar indefectiblemente.

Bibliografía

- Alvarez, Víctor 2011 *Del Estado burocrático al Estado comunal: la transición al socialismo de la revolución bolivariana* (Caracas: Centro Internacional Miranda).
- Basso, Lelio 1974 “El uso de la legalidad en la transición al socialismo”, en VV.AA. *Acerca de la transición al socialismo* (Buenos Aires: Editorial Periferia).
- Biardeau, Javier 2011 “Democracia socialista. Desprenderse del «Marxismo soviético», construir pensamientos contra-hegemónicos”, en *COMUNA* (Caracas) N° 4, Centro Internacional Miranda.

- Evans, Micmer 2011 "Tensión legal e institucional entre el Estado y el poder popular: ¿Hacia el Estado comunal?", en *COMUNA* (Caracas) N°4, Centro Internacional Miranda.
- Monedero, Juan Carlos 2009 *Socialismos del siglo XXI. Utopías con los pies en el suelo* (Caracas: Centro Internacional Miranda).
- Ouviaña, Hernán 2011 "La transición socialista y el problema del poder estatal revisitados. Algunos interrogantes e hipótesis para el análisis de los procesos políticos contemporáneos en América Latina", ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional del Grupo de Trabajo "Estado en América Latina" (Lima: CLACSO).
- Primer Encuentro Nacional de Consejos Comunales 2007 "Manifiesto del Primer Encuentro Nacional de Consejos Comunales", disponible en *Aporrea*.
- Ruiz, Miguel 2012 *Crisis estatal y lucha de clases en la Venezuela contemporánea* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar).
- Thwaites Rey, Mabel y Ouviaña, Hernán 2012 "La estatalidad latinoamericana revisitada. Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder político y las transiciones" en Mabel Thwaites Rey (ed.) *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas* (Santiago de Chile: ARCIS/CLACSO).